

Meditación 2026

« Alégrate, llena de gracia, el Señor está contigo »

Introducción

1. El icono de la Anunciación

- a. «Alégrate» (Lc 1, 28a)
- b. «Llena de gracia» (Lc 1, 28b)
- c. «El Señor está contigo» (Lc 1, 28c)
- d. El corazón del anuncio (Lc 1, 29-37)
- e. El asentimiento de María (Lc 1, 38)

2. Algunas reflexiones pastorales

- a. Lourdes, lugar de la alegría del Evangelio
- b. Lourdes, lugar donde la gracia se convierte en encuentro tangible
- c. Lourdes, tierra abrazada por el cielo, santuario de la presencia tangible
- d. La palabra decisiva: He aquí la esclava del Señor; hágase en mí...
- e. La disponibilidad de Bernardita

Conclusión

P. Nicola Ventriglia, omi
P. Giuseppe Serighelli, cp

Introducción

Lourdes 2026 – 2028 Tres años de camino junto a María

Durante los próximos tres años, el Santuario de Lourdes nos invita a emprender una peregrinación espiritual, un camino hacia el corazón mismo de la experiencia de la Virgen María. Avanzaremos paso a paso, guiados por el Evangelio de Lucas.

Nuestro camino, nuestra esperanza

2026: la Anunciación

«Alégrate, llena de gracia, el Señor está contigo» (Lc 1, 28).
Es el año de la acogida, la escucha y el «sí» que lo cambia todo.

2027: la Visitación

«En aquellos mismos días, María se levantó y se puso en camino de prisa...» (Lc 1, 39).
Es el año del servicio, la caridad alegre y el camino hacia el otro.

2028: el Magníficat

«Su misericordia llega a sus fieles de generación en generación» (Lc 1, 50).
Es el año de la alabanza, la gratitud y el canto que reconoce las maravillas de Dios.

Este año, comenzamos la aventura...

Con el relato de la Anunciación como brújula, nos dejamos guiar.

Nuestro anhelo: contemplar a María en el umbral de su increíble aventura de fe, en los inicios de su confianza absoluta en la voluntad de Dios.

Entremos con ella en la misión de Nazaret. Abramos nuestro corazón a la Palabra..



El silencio habitado de Fra Angelico

¿Quién no conoce el espléndido cuadro de la Anunciación del beato Fra Angelico? Admirémoslo juntos con atención.

El ángel Gabriel

No interrumpe en la escena. Se inclina, casi postrado de rodillas. Sus majestuosas alas se encuentran plegadas en señal de reverencia. Su mano muestra, pero no impone. Trae una luz que no deslumbra, sino que revela.

La Virgen María

Sentada sobre un modesto taburete, representa la encarnación de la humildad. Sus manos cruzadas sobre su pecho expresan acogida y guarda interior. Su mirada se dirige al ángel, pero también se vuelve hacia el interior, reflejando el silencio fecundo del corazón que medita la Palabra. Lo que más impresiona de esta obra es el silencio: un silencio denso de presencia.

El amanecer de una aventura

La Anunciación no solo es un hecho histórico lejano; es el arquetipo de todo comienzo en la fe. En ese preciso instante, María ignoraba el futuro. No contaba con un mapa detallado ni sabía nada de la huida a Egipto ni de la sombra de la cruz. ¿Qué poseía entonces?

- Una profunda disponibilidad interior.
- Una calma habitada por una Presencia («el Señor está contigo»).
- Un favor divino inmerecido, una gracia.

Nuestra peregrinación: el umbral de nuestro «sí»

¿Y nosotros, en Lourdes? Nuestra peregrinación hace eco a ese instante. Llegamos aquí, a menudo sin saber lo que nos espera, con nuestras preguntas, esperanzas y heridas. Es precisamente en este lugar —donde el cielo se inclina sobre la tierra— donde puede nacer un amanecer interior:

- El comienzo silencioso de una conversión.
- El primer paso hacia una curación inesperada.
- El despertar de una fe que dormía.
- La percepción de un llamado susurrado en nuestro corazón.

1. El ícono de la Anunciación

a. «Alégrate» (Lc 1, 28a) (Χαῖρε – Chaire)

La primera palabra de Dios a María no es una simple salutación; es un imperativo gozoso: «¡Alégrate!».

- Este llamado evoca a los profetas que anunciaron el fin de la espera. Al pronunciar esta palabra, el ángel Gabriel revela a María que la promesa divina se ha cumplido. Ella, joven de Nazaret, se convierte en la Hija de Sión, el rostro que representa a toda la humanidad que finalmente acoge a su Salvador.
- A través de ella, la alegría de Dios se hace presente en nuestra tierra.

b. «Llena de gracia» (Lc 1, 28b) Κεχαριτωμένη – Kecharitoménè

El ángel no le concede a María una cualidad más, sino que le revela su verdadero nombre a los ojos de Dios: «Kecharitoménè», la «llena de gracia». Este es un término único en toda la Biblia, que la llenó de profunda perplejidad.

- Este término griego nos revela toda la historia de amor de Dios por María. Significa: aquella que fue colmada de amor divino en el pasado y que permanece para siempre en ese estado de gracia.
- No se trata de una gracia merecida, sino de un don absoluto de Dios, otorgado desde el primer instante de su existencia. Es la esencia misma de su ser. Como expresó el papa Juan Pablo II: «“Llena de gracia” es el nombre de María a los ojos de Dios».

c. «El Señor está contigo» (Lc 1, 28c) ὁ Κύριος μετὰ σοῦ – ho Kýrios metà sou

Estas palabras constituyen el fundamento de la alegría de María. No son una simple expresión, sino una promesa que recorre toda la Biblia: la fuerza de Dios que se compromete a actuar en el corazón de nuestra fragilidad.

Para María, esta promesa adquiere un sentido único y emotivo. El Señor no solo estará a su lado, sino que se encarnará en su seno. De este modo, María se convierte en la nueva Arca de la Alianza.

- En otro tiempo, el arca custodiaba las tablas de la ley; María lleva en su seno la ley viviente.
- En otra época, la nube divina cubría el santuario; ahora, el Espíritu Santo envuelve a María con su sombra, haciendo de ella la morada viva de Dios en la tierra.

d. El corazón del anuncio (Lc 1, 29-37)

La Anunciación no es un simple diálogo; es una obra maestra divina donde toda la Trinidad se revela y actúa para la salvación de la humanidad.

1. El Padre: la iniciativa del amor

Todo comienza con la acción del Padre. Es su mirada de amor la que elige a María, no por méritos propios, sino por pura gracia. La expresión «has encontrado gracia ante Dios» revela esta iniciativa gratuita de amor, un amor que precede a toda respuesta humana y capacita para acoger su proyecto.

2. El Hijo: el corazón del misterio

En el corazón del anuncio se encuentra la revelación del Hijo, Jesús. La declaración «Concebirás en tu vientre y darás a luz un hijo» marca el acontecimiento que cambia la historia, pues Dios se hace hombre para compartir nuestra condición. Su nombre, Jesús, manifiesta su misión: «Dios salva». Él es la promesa viva de liberación y reconciliación.

3. El Espíritu Santo: la fuerza creadora

Lo imposible se realiza por el poder del Espíritu Santo. Es Él quien cubre a María con su sombra y la convierte en Madre de Dios. Su acción nos enseña que la vida cristiana no depende de nuestros propios esfuerzos, sino de nuestra capacidad para dejarnos transformar por la gracia. El Espíritu no solo nos inspira, sino que nos renueva desde lo más íntimo.

e. El asentimiento de María (Lc 1, 38): el «sí» que cambió la historia

Frente al plan divino, se aguarda una respuesta humana. El gran san Bernardo lo expresó con fervor en una vibrante súplica: «Oh, Virgen, apresúrate a responder. Pronuncia la palabra que la tierra, el infierno y los cielos esperan».

La respuesta de María, «He aquí la esclava del Señor; hágase en mí según tu palabra», es el corazón de la historia. Descubramos su riqueza a través de tres etapas:

1. «He aquí...»: la disponibilidad total

No es un mero «aquí estoy». Es la actitud de un corazón que se ofrece activa y completamente a Dios, sin reservas.

2. «...la esclava...»: la humildad que abre paso a Dios

Reconocerse como «esclava» implica aceptar la propia pequeñez para que la grandeza de Dios pueda manifestarse. Es vaciarse de toda pretensión para permitir que el Todopoderoso obre libremente.

3. «...hágase en mí según tu palabra»: la confianza absoluta

Es la cima de la fe. María no pretende comprender, sino entregarse al poder y la fidelidad de Aquel que ha hablado. Es un acto de confianza pura, un deseo que se conforma con la promesa de Dios, aun cuando desafía toda lógica.

Su «sí» es un acto de libertad plena y de una confianza sin reservas.

Oh, María, volvemos hacia ti
nuestra mirada y te damos gracias,
porque es precisamente en tu respuesta humilde y valiente:
«He aquí la esclava del Señor;
hágase en mí según tu palabra»,
que permitiste que Dios se hiciera hombre.
Concédenos también, oh, María,
responder cada día
al llamado del Señor con un «Sí» humilde y fuerte,
para que nuestra pobre vida pueda convertirse,
por el poder de tu Hijo
y por la acción del Espíritu Santo,
en un lugar donde Dios habite
y en un instrumento para la salvación de todos.

San Pablo VI, papa
Ángelus, 25 de marzo de 1975

2. Algunas reflexiones pastorales

a. Lourdes, lugar de la alegría del Evangelio

La primera palabra que Dios dirige a María es una invitación: «Alégrate». No es una orden para «hacer» algo concreto, sino una llamada a acoger una Presencia que desborda alegría. El ejemplo de María nos lo enseña: la fe, en su esencia más pura, es ante todo una confianza alegre en un Dios que se revela cercano y digno de confianza.

- María, imagen de la fe alegre

Al acoger esta invitación, María se convierte en paradigma de la fe vivida con alegría. Su respuesta, que alcanza su máxima expresión en el canto del Magníficat, es una acogida jubilosa de un Dios que se revela como amoroso y absolutamente digno de confianza.

- La Gruta: la alegría que se encuentra con el sufrimiento

En el corazón de Lourdes, la Gruta de Massabielle nos muestra que la alegría de Dios no consiste en la ausencia de dolor, sino en una presencia que consuela los corazones heridos, trae esperanza en medio de la prueba y transfigura el propio sufrimiento al abrirlo al horizonte de la confianza.

- La peregrinación: el redescubrimiento de la alegría

Millones de peregrinos llegan a Lourdes llevando consigo el peso de su sufrimiento. La experiencia de este lugar constituye una llamada a redescubrir la alegría original de la fe: no una alegría superficial, sino una alegría profunda, nacida del encuentro vivo con Dios, mediante la mediación maternal de María.

- Nuestra misión: educar en la alegría

Nuestro deber pastoral consiste en ayudar a cada persona a redescubrir esta fuente de alegría interior: una alegría que no nace del esfuerzo humano, sino de la certeza de no estar nunca solos. Es la profunda convicción de sentirse acompañados con amor por María, una fuerza que infunde esperanza y serenidad, incluso en medio de las pruebas.

b. Lourdes, lugar donde la gracia se convierte en encuentro tangible

En Lourdes se revela una verdad fundamental: la gracia de Dios siempre nos precede. Al igual que María, estamos «llenos de gracia» no por méritos propios, sino porque Dios nos ha amado primero. Por ello, la santidad no consiste en una lucha, sino en un abandono confiado a dicho amor.

Esta gracia no es una idea abstracta, sino una fuerza viva que actúa y se manifiesta de manera concreta:

- En las curaciones, sobre todo las del corazón: heridas que se alivian y miedos que se disipan.
- En las conversiones, que ofrecen la luz de un nuevo comienzo.
- En las reconciliaciones, donde el perdón libera del peso del pasado.
- El agua de la Gruta es el símbolo poderoso de esta gracia. Sin poseer poder mágico, es un signo visible que nos conecta con lo invisible. Es una gracia que limpia, purifica y sacia nuestra profunda sed de paz y sentido.

Por tanto, vivir Lourdes es aprender a abrirse a esa plenitud. Los caminos privilegiados para ello son los sacramentos (reconciliación y eucaristía) y, sobre todo, el abandono confiado: renunciar a nuestras resistencias para permitir que Dios actúe en nosotros y así convertirnos en testigos de su amor.

c. Lourdes, tierra abrazada por el cielo, santuario de la presencia tangible

La experiencia más universal que podemos vivir en Lourdes es la de la presencia. Es una percepción casi física, en otras palabras, la sensación de que el velo entre el cielo y la tierra se ha afinado. Nos sentimos mirados, escuchados y amados por un Dios personal, que se revela a través de la ternura de María. Esta presencia se hace también visible en la comunidad de oración, así como en el rostro de las personas enfermas.

Sin embargo, la Gruta en sí misma nos ofrece una catequesis visual esencial. Aunque nuestra mirada se dirige hacia la estatua de María, el verdadero centro es el altar y la cruz. Esta disposición nos recuerda el papel fundamental de María:

- Ella es el camino, no el destino. Es la guía perfecta que nos acoge, pero cuya misión es conducirnos a Jesús.
- Nos revela a Cristo. Su presencia en Lourdes tiene un único propósito: tomarnos de la mano para ayudarnos a reconocer a su Hijo, a menudo invisible en nuestra vida. Su mensaje es el mismo que en las bodas de Caná, una invitación eterna a la confianza: «Haced lo que él os diga».

d. La palabra decisiva: He aquí la esclava del Señor; hágase en mí...

Para que el cielo pudiera tocar la tierra, fue necesaria una respuesta humana, libre y plena. Dicha respuesta es el «He aquí» de María.

No se trata de la resignación de una sierva, sino la adhesión gozosa y activa de un corazón que confía plenamente. Es un acto de amor y libertad absoluta en el que María no sufre el plan de Dios, sino que lo anhela y lo hace suyo.

Este «sí» radical, con profundas raíces en toda la historia bíblica, se convierte en la llave que abre la puerta a la acción de Dios. Es el modelo ejemplar de toda respuesta de fe.

e. La disponibilidad de Bernardita

Ante la invitación de la Señora —«¿Quiere hacerme el favor de venir aquí durante quince días?»—, el «sí» de Bernardita no es solo una palabra, sino un compromiso concreto. Es el reflejo fiel del fíat de María, vivido en la realidad cotidiana. Su «He aquí» se manifiesta a través de dos actitudes fundamentales:

- La fidelidad perseverante. A pesar del miedo y las presiones, Bernardita regresa a la Gruta día tras día. Su obediencia es un acto de confianza tenaz.
- La confianza absoluta. Bernardita realiza gestos «ilógicos» (cavar la tierra y beber el agua turbia) con una simplicidad desarmante, demostrando que su confianza en la Señora es más fuerte que el temor al ridículo.

El ejemplo de Bernardita nos enseña que nuestro propio «sí» a Dios se manifiesta más en los actos cotidianos que en las palabras. Es la decisión de «regresar», de perseverar aun sin comprenderlo todo. Y es en ese abandono confiado donde descubrimos, no una carga, sino una fuente de profunda paz.

Conclusión

El «He aquí»: un compromiso del corazón

→ Desde el sacerdote al hospitalario, la peregrinación está marcada por muchos «he aquí». No se trata solo de una palabra, sino de la promesa de un corazón que se entrega para estar presente y servir, confiando en la gracia de Dios.

El corazón: lugar de la verdadera aventura

→ El papa Francisco nos recordó una verdad esencial: en un mundo que da prioridad al intelecto, la verdadera aventura se libra en el corazón. Es allí donde nuestra vida encuentra su unidad y sentido, donde se aprende a amar y se decide lo que realmente importa.

La síntesis de Bernardita: «Basta con amar»

→ Santa Bernardita nos presenta la clave de esta aventura: «Basta con amar». No se trata de una fórmula simplista, sino de la verdad última de un corazón habitado por la gracia. Es el amor el que da pleno sentido a la oración, la conversión y el servicio a los demás.

La invitación final: una peregrinación interior

→ La verdadera peregrinación a Lourdes es, en el fondo, un regreso al corazón. Nos invita, a ejemplo de María, a ofrecer nuestra humilde disponibilidad para que el amor de Dios se haga visible a través de nosotros. Porque es en la fidelidad de nuestros gestos más sencillos donde la gracia actúa y transforma el mundo.

Padre Giuseppe Serighelli, CP

Padre Nicola Ventriglia, OMI